

Sobre el filo de la navaja

Víctor Pliego

ALBERT Boadella es un gran animal escénico, con un sentido singular de la función política que cumplen sus espectáculos. En sus comienzos con Els Joglars, luchó por las libertades y pagó con cárcel sus atrevimientos. Sigue criticando a los poderosos con sus sátiras irredentas, pero en nuestra democracia incompleta eso le sitúa en posiciones ambiguas y mucho menos progresistas que las que adoptó en sus orígenes. La reposición en Madrid de una pieza de hace veinte años, “El Nacional”, es buena muestra de sus obsesiones y contradicciones. La función nos presenta, como en una profecía, un Teatro Nacional de Ópera que se ha quedado en ruinas tras una gran depresión, lo cual le sirve para criticar los disparates del teatro subvencionado. La cultura oficial es algo de lo que Boadella siempre huyó, pero en el programa de mano comprobamos que esta producción cuenta con las bendiciones del Ministerio de Cultura. Además, Boadella dirige en la actualidad los teatros públicos del Canal, de la Comunidad de Madrid. El protagonista de la obra es un acomodador demente que trata de rescatar entre las ruinas del viejo coliseo el género lírico más rancio, con la ayuda de unos esperpénticos mendigos. Boadella aprovecha para lanzar sus dardos a través de este alter ego, bajo la coartada de la locura, sin hacer distinciones entre las iniciativas públicas legítimas y sus perversiones. Arranca muchos aplausos de la caverna montaraz y privatizadora, sobre todo cuando arremete contra los “sindicatos” y los “comunistas”. La función es ingeniosa, cuenta con un maravilloso equipo técnico y artístico, así como con estupendas voces líricas; divierte a ratos pero resulta fatigosa por lo redundante y torticero de su mensaje político.